

# 30 Treinta Años del Advenimiento de la Otra Venezuela

## Dos Almas Habitan en Mí Goethe: Fausto

Han pasado treinta años de una gloriosa campaña intelectual referida a la economía, a los costumbres, a la educación y a los valores de la sociedad venezolana. La entabló Arturo Usíar Pietri en 1947-48, alarmado ante los acontecimientos dramáticos de la vida venezolana que él vio con "un sincero sentimiento de angustia". Son los años que van del golpe militar contra el gobierno de Medina Angarita (octubre de 1945), al golpe militar contra Rómulo Gallegos (noviembre de 1948), a través de los cuales el sistema electoral se democratiza, la constituyente constituye (diciembre 1949) reforma la constitución, es votada directa se elige nuevo presidente (Gallegos, diciembre 1947) y se presencia la aparición al poder de Acción Democrática aplicando una política económica que genera una conciencia nacional.

Ese período fue visto por Arturo Usíar Pietri como "una gran crisis": "Crisis de transformación y deformación fundamentalmente económica que repercute en lo social y que se ha convertido en lo político". El origen de esta crisis la encuentra en la vertiginosa acumulación de la renta petrolera que el sistema de Acción Democrática aplica al gasto público, generando una artificial condición artificial de la economía venezolana, presentando "el sentido de la economía en el pueblo venezolano", acumulando los efectos materiales del petróleo por "un pleno y alegre abandono a la oía de la riqueza fácil", "creando formas artificiales, enteramente artificiales, de vida y actividad", lo cual se resume en esta diagnosis peculiar: "Productivos medios, son pobres los obstáculos para producir. Ha disminuido nuestra aptitud para producir riqueza. No sólo hemos adquirido los hábitos, sino hasta la mentalidad del patito de hierro. Es más pobre que un patito. Su porvenir pertenece al ser que lo nutre".

Este panorama casi apocalíptico o al menos percibido como una gran catástrofe nacional, es reconocido por el escritor como el advenimiento de un nuevo tiempo que no abandonará fácilmente a la nación. De ahí el título con que recogió en 1948 estas páginas y que ha hecho camino por su felicidad descriptiva. De

una a otra Venezuela". Lo que Usíar registraba en el trienio 1945/8 era un pasaje y una metamorfosis, con todo lo que ella tiene de monstruoso y aberrante en su proceso oscuro. Y la más clara y precisa definición de ese tránsito fue la del prólogo que escribió en Nueva York, en abril de 1949, diciendo: "Venezuela ha dejado de ser irremisiblemente lo que fue antes del petróleo: un país agropecuario, de vida modesta y posibilidades limitadas. El petróleo ha superpuesto a ese país atrasado, un país minoritario de resplandeciente riqueza monetaria pero parálisis del petróleo estéril y transitorio".

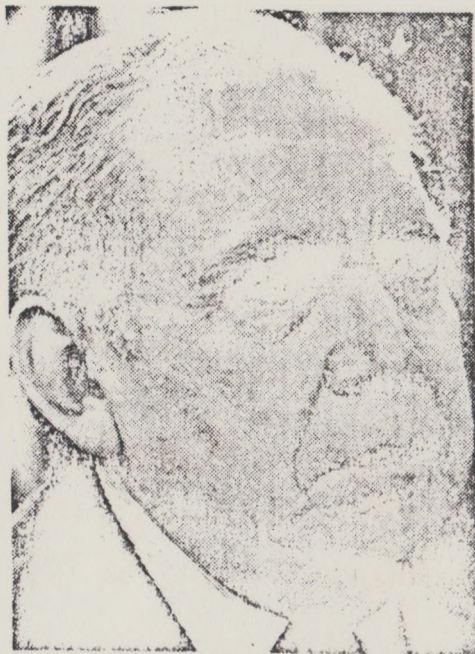
Se la comparte o no, forzoso es convenir que fue una admirable campaña intelectual por el ejercicio adulto de la responsabilidad social del escritor que tramonta por su franco carácter combativo que en esos términos ya practicaría posteriormente, por la altura de su "yo acusó" que nunca desciende a las inculpaciones personales, por la lucidez y la honestidad que respira. Vista desde hoy, en que han transcurrido treinta puntuales años, es un gran momento de la vida intelectual de Venezuela: uno de esos "turning points" en que un gran debate patentiza el giro que se opera en una cultura y en que sus protagonistas (pues frente a Usíar hay que citar al inmortado Rómulo Gallegos que ocupa el otro polo, o quizás, más exactamente, al Rómulo Betancourt que inspira su política) se cargan de la representatividad que les concede la sociedad y la historia. No son ellos solos, como individuos, sino que son grandes fuerzas, que interpretan tendencias de la nación, las que debaten el destino de Venezuela.

Usíar Pietri se constituye en el último representante de una severa cultura de élites, contemplando y censurando la mutación desquiciada del país, por obra de la cual irrumpen nuevas energías y formas, ricas de savia popular y al tiempo ferocesmente vulgares, a las que cabría echar las bases de otra estructura cultural. El escritor estuvo en el momento oportuno en el proscenio histórico: vio concluirse un tiempo e inaugurar otro cuyos defectos percibió con mayor penetración que sus eventuales virtudes. Intentó contener el desbara-

juste dando una lección intelectual, sin reconocer que había concluido el tiempo de las lecciones intelectuales. De hecho ofreció los dones de que estaba revestido, procedentes de una refinada educación intelectual, para que sirvieran en el desaharajuste de la mutación, a la preservación de algunos grandes valores. Sus páginas proféticas sobre la educación universitaria así lo atestiguan. Todo fue en vano. Su grito de alarma no fue oído aunque contribuyó, creo, a la conformando una tendencia que más que conservadora se define como instrumentadora de un orden jerárquico de la sociedad, la cual tiene predicamento en el sector cultivado de las clases altas y es una de las tres líneas de pensamiento que dificultosamente ha ido forjando la cultura del país en estas últimas décadas.

Mientras que los escritores anteriores a él cumplieron su principal ciclo creativo antes de esa mutación (es el caso de Mariano Picón Salas y del propio Rómulo Gallegos que en este momento pasa a la política), Usíar Pietri ocupó el centro del conflicto: acababa de alcanzar su madurez (los cuarenta años), ese momento de la producción adulta del narrador y del intelectual, esa instancia de su función normativa dentro de la sociedad. En ese momento ésta se da vuelta como un guante. Es el orden y el principio evolutivo que la regían, los que se subvierten, dando la impresión que define el verso: "potro es gallardo, pero va sin freno". Todo el debate sobre la oportunidad y conveniencia del golpe de octubre de 1945 rotó en torno a estas dos filosofías contrapuestas: la que aspiró a preservar el orden existente, regulando su desarrollo y la que prefirió subvertirlo mediante la irrupción de nuevas fuerzas, largamente contenidas, confiando en que ellas concibieran un orden mejor. ¿Pero cuál? En ese momento las proposiciones renovadoras populares se confundían con las distorsiones que habría de sufrir una economía y por ende la sociedad que en ella se asentaba y serían éstas las que el golpe militar de 1948 habría de preservar, desdeshando las primeras. Observando el proceso desde un ángulo estrictamente socioeconómico, y no político, un investigador establece una clara continuidad entre el período 1945-48 y el posterior de la dictadura de 1948-57: "Como quiera que los programas del gobierno

Angel Rama



anterior implicaban en lo esencial la modernización del país con vista a un desarrollo capitalista más agresiva y que esos objetivos eran coincidentes con los intereses de la burguesía venezolana, existe en muchos aspectos una continuidad que ni siquiera se rompe con el advenimiento de la dictadura o, después, con su caída" (Sergio Aranda, La economía venezolana, Rogolá, Siglo XXI, 1977).

Usíar Pietri contempla el fin del "país agropecuario". Si bien desde 1929 las exportaciones petroleras habían superado la suma de las restantes exportaciones de productos del agro, el crecimiento de la dependencia del petróleo se había visto favorecido por progresivos golpes al sector tradicional de la economía nacional. El desastre de la cosecha cafetalera de 1941 pareció especialmente agorero: en ese año, en que asiente Medina Angarita al poder, el país tiene unos cuatro millones de habitan-

tes, el 76% de los cuales todavía pertenece a la zona rural, situación que sólo una década después se ha subvertido mediante el traslado a los núcleos urbanos —referentemente a la capital, del 25% de la población, es decir, de más de un millón de personas. La guerra mundial, que creaba una situación privilegiada para la exportación petrolera a Estados Unidos, habría de permitir que se dictara la ley de hidrocarburos de 1943 que acrecentaba la participación del estado y abrió el camino para la instauración en 1948 del régimen de "mitad y mitad".

El "país agropecuario, de vida modesta y posibilidades limitadas" de que habla Usíar Pietri, ingresa a una transformación radical que no es novedad en la vida de las naciones americanas, pues antes y después se han dado casos semejantes, pero que se singulariza por dos rasgos peculiares: 1) la asombrosa velocidad del proceso

que se desencadena como un maremoto que no tendrá pausas y 2) la debilidad y precariedad de su base, que corresponde a actividades extractivas destinadas a la exportación, y que por tanto no desarrolla la imprescindible y robusta infraestructura industrial. Por el primer rasgo, aunque no por el segundo, me recuerda las décadas norteamericanas posteriores a la Guerra de Secesión en Estados Unidos, la fabulosa y atroz época de los grandes negocios, de eso que llaman los manuales la acumulación básica del capital, aunque en Venezuela la acumulación de sólo una parte, no por eso desdoblable, que es la que se incorpora al país.

Tal como describe ese trienio Usíar Pietri, estamos en el vértigo, en el "feastín de Baltasar". "Según los mejores cómputos, en poco más de un año llevan gastados mil cuatrocientos millones de bolívares. Una suma de dimensiones colosales que se ha desbordado sobre Venezuela como esos chaparrones tropicales que todo lo inundan y arrastran, llenando de dinero alegre y fácil todas las bolsas y poniendo el país a vivir como en el diario sorteo de una lotería en la que siempre hubiera de ganar". La cantidad ya no asusta: treinta años después el presupuesto del gobierno central alcanza los cuarenta y seis mil millones de bolívares. Pero lo que asustó fue el porcentaje del incremento en un período asaz reducido. Según los datos de Fomento-Cepal, entre 1945 y 1948 la inversión territorial se duplica, el sector petrolero no llega a duplicarse, pero los demás sectores se triplican (de 507 millones a 1.437) y la inversión pública se cuadruplica (de 183 millones a 627). Es el trienio de la violenta aceleración como sólo volverá a verse hoy día en el período 1974-1978.

Si desde 1945 el crecimiento es constante, hay dos momentos cruciales, aceleradores del proceso, que son el inicial y el final (por el momento) de estos treinta años de la "otra Venezuela". Los efectos son múltiples: asistimos al comienzo de la industrialización, a la especulación edilicia, a las migraciones rurales y al crecimiento de la inmigración extranjera, a la inflación devenida de los precios internos al crecimiento vertiginoso de la educación, a la estructuración de un movimiento sindical que será frenado por la dictadura militar, al empobrecimiento del agro y el

campesinado. También, a lo que dice Maza Zavala: "A través del período creció el capitalismo dependientemente en el país y penetró considerablemente el capital extranjero en diferentes sectores de la economía" (América Latina: historia de medio siglo, México, Siglo XXI, 1978).

Este es el marco que podrá seguirse con más detalle y datos en los buenos trabajos de economía que han proporcionado los estudiosos. Pero nuestro asunto no es la economía sino un nivel superestructural que con ella tiene conocidas vinculaciones pero que también puede operar autónomamente: la cultura. Una mutación tan drástica como la que los indicadores económicos y sociales proporcionan, no podía menos que ser acompañada de una paralela (aunque algo desfasada) mutación cultural que Usíar sólo ha examinado en su "coté" universitario pero que ha de abarcar todas las manifestaciones de la vida nacional, en particular de la vida capitalina, porque la capital pasa a ser el campo privilegiado en que la modernidad experimenta sus programas.

Usíar dice presenciar dos Venezuelas distintas en el tiempo pero contiguas en la geografía: "hay una Venezuela de la aldea campesina que sigue teniendo el aspecto milenario que alarmaba ya a Fermín Toro y hay una Venezuela del campamento petrolero y de la ciudad con rascacielos; hay una frígida y una verdadera; hay una que ha sido y muchas que pueden ser; hay la que no puede salvarse y hay la que debe salvarse". De hecho, treinta años después podemos decir que hay ya una sola Venezuela en la que inexplicablemente se han mezclado las dos que distinguían Usíar, creando de la forma peculiar de la cultura venezolana actual que la distingue de otras culturas y le confiere un perfil intransferible. Eso es manifiesto en Caracas y los principales centros urbanos donde la Venezuela de la "aldea campesina" ha tratado tenazmente de prolongar el conjunto de valores que se ha formado resignandolos con los más sutiles y a veces pittorescos medios, intensificándolos si cabe a pesar de que ya no encuentra sustentación para ellos idealizándolos mediante un parcial olvido de sus muchas insuficiencias para forjar clichés del tipo de "la Ca-

racas de los techos rojos", extrayéndole sus últimos y delicados sabores con el fervor que se pone en aquello que se sabe perdido. Pero al mismo tiempo esa Venezuela de la "aldea campesina" ha aceptado de pleno las ventajas aparentes de la nueva sociedad, se ha encandilado con sus luces y cromas, ha disfrutado de sus comodidades, se ha dejado seducir secretamente por sus posibilidades materiales y por sus promesas de lejanas recompensas espirituales.

En otras palabras, esta Venezuela quiere ser al mismo tiempo, buena y mala, dejarse bendecir por Dios y tentar por el diablo (cosa que hace con una gracia que muchos pueblos le envidiarían), ser legítima y adúltera, aceptar bajo el manto de la sociedad urbana industrial pero por encima fingir que nada ha cambiado por lo tanto hacerse tramplado y también, ¡ay!, vivir angustiada y desgarrada, en un estado de permanente tensión al borde de la ruptura violenta cada día. Como el famoso personaje de Calvino del "virconde dimezzato", trata de compaginar las dos partes contrarias en que está dividida, viviendo esta alienación permanente pero procurando que la contradicción no alcance a la conciencia. Por lo tanto padeciendo oscuramente, como pulsiones que la trastorman e impulsan a un retorno a las fuentes donde ya no encuentra satisfacción, aunque tampoco la halla en un regreso a su realidad presente y al proyecto de futuro que vive como una pesadilla. El tema de la doble personalidad que construyeron los románticos europeos para traducir su incorporación a la sociedad industrial es el tema de la cultura venezolana de hoy, patentizado en múltiples símbolos.

Un psicoanalista diría que es una situación esquizoide como la que Parpeneim ha detectado en la alienación del mundo contemporáneo. Al menos es una situación insatisfactoria que en Venezuela se puede pesquisar en los mejores productos de su literatura y su arte como el fondo uniforme que los alimenta. Esa sombra tenaz no puede atribuirse al inventor de cada obra sino a la sociedad con la cual los artistas se debaten denodadamente.

Una nueva edición del libro de Usíar Pietri ha puesto en circulación Monte Avila, Caracas, este año.